



noctámbulos

// Equipo editorial *Espejo*

***Noche 2: La creación

El mundo sigue creándose al revés. La séptima noche cuando Dios regresó a sus aposentos, el hombre comenzó el antigénesis, y antes de que entregaran en sus manos los diez mandamientos, ya este los había roto.

El monaguillo: imágenes de una muerte

// Deiver Juez y Pavel Ruíz

Estudiantes de Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

Monaguillo

Desde que escuché, sin querer, al padre Antonio confesar su rara muerte, he sido preso de un temor incontrolable. Recuerdo su rostro impávido, su voz fuerte y sonora, sus ojos puestos en el cristo ensangrentado hecho de yeso corroído y remendado por los años y las guerras. Por las noches escucho su voz, o creo oírlo: —*Señor, si esta es tu voluntad, estoy preparado para morir.*

Teresa

Llegó al pueblo un domingo por la mañana, cuando el sol comenzaba a hacer de las suyas. Yo misma lo recibí en la casa cural. Era alto y delgadito, buen mozo. Estaba agitado y empapado de sudor. Lo ayudé a organizar sus maletas, no era mucho lo que traía, solo lo estrictamente necesario para dar la misa: pantalones de lino azul turquí, sandalias de

caminante, camisas blancas tejidas a mano, un par de sotanas descoloridas y varias estolas adornadas con cruces doradas. Le mostré la iglesia y le preocupó su deprimente estado: las vigas y paredes resquebrajadas amenazaban con desplomarse.

Monaguillo

Una vez terminada la misa, casi siempre el padre Antonio me contaba historias de su vida mientras juntábamos las monedas de la ofrenda en el despacho parroquial. Me dijo que era hijo único, que vivió en Villavicencio y Medellín, y que estudió Teología en Cartagena, donde los creyentes subían al convento de la Popa arrodillados para prenderle velas a la Virgen de la Candelaria, que eso le sorprendió pero que él prefería orar en la acción, andar y ayudar a la gente. También me contó de la primera vez que vino al pueblo y lo bonito que estaba.

Padre Antonio

El día que llegué al pueblo, en las terrazas había señores leyendo el periódico sentados en mecedoras de bambú, mientras las señoras salían a pasear con sus hijas usando vestidos de felpa y velos bordados que cubrían el rostro de las niñas, algunos muchachitos



a pies descalzos le daban a la pelota en el terraplén. Las palomas picoteaban maíz seco en el piso empedrado y esperaban atentas, los granos de arroz sin pilar que les arrojaban las vendedoras de avena y trigo. Las mesas atiborradas de plátanos verdes, yucas llenas de barro, pescados frescos y pernils de cordero y cerdo, me dieron la impresión de que aquel era un pueblo de esos que ya no hay.

Teresa

Si muere el padre Antonio, ya nadie guiará este rebaño de ovejas perdidas, porque nadie vendrá en su reemplazo. ¿Quién? Si todo el mundo tiene miedo. No mandarán otro sacerdote desde la capital. Nadie querrá encargarse de esta iglesia que se cae a pedazos. Es como un mal augurio. Cuando muera el padre, no habrá misa de seis, ni de nueve, ni de doce. La gente no podrá confesar sus pecados. Ni casarse. Seremos presa del infierno y de los que andan por ahí rondando. Los recién nacidos no recibirán el sacramento del bautismo, quedarán sucios del pecado original y expuestos a las brujas y lloronas. ¿Quién rezará por nosotros?

Monaguillo

La sangre aún estaba húmeda, brillante, bien rojita. Lo encontré un domingo en la mañana tirado en el suelo. Tenía un fuerte golpe en la cabeza y varios moretones en los brazos. Tieso. Con babas en la boca y moscas revoloteando su cabeza. Una procesión de hormigas entraba en línea recta por su nariz. Recuerdo la sotana negra llena de motas acariciando el suelo y sus manos unidas en actitud de oración, como rogando. Su rostro se mantenía impasible, como un mártir.

Teresa

Un día, cuando me disponía a contarle al padre mi rutinaria confesión, ocurrió algo inusual. No fui yo quien se confesó ese día,

sino él. Me contó que Dios, en un sueño, le había revelado su pronta muerte. También me contó que, aunque le pareció extraño aquel sueño, no le teme a la muerte y se siente en paz con Dios y con lo que ha hecho.

Monaguillo

El día que murió el padre Antonio empezaron a morir las palomas. Se murieron todas. Una por una. Hasta que en la plaza sólo quedaron cadáveres raquíticos que servían de alimento a las hormigas y ratones. En el pueblo empezaron a decir que al padre lo mataron los uniformados. Los del monte. Yo no creo. Esa gente no se metería con un hombre de Dios. Aunque no debería estar tan seguro.

Teresa

Desde que murió el padre Antonio el pueblo parece en ruinas. Las calles pavimentadas sucumbieron ante la fuerza devastadora de las malas hierbas, que crecen hasta en paredes y los techos. En las terrazas ya no hay señores leyendo y las señoras no salen a dar paseos con sus hijas. La iglesia se derrumbó. Entre escombros y montes marchitos se reproducen ranas y mosquitos. Los grillos suenan por las noches. Ahora, cada domingo muere alguien en el pueblo. A mi hijo, que fue monaguillo del padre Antonio, lo encontré tieso, con babas en la boca, moscas revoloteando su cabeza, hormigas entrando por su nariz en línea recta y manos unidas en actitud de oración. Murió de una úlcera, me dijeron, aunque yo no creo, esos señores se viven metiendo con los hijos de los demás. **E**

